

LA DEMOCRACIA ASEDIADA POR LA DESIGUALDAD Y EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

POR RUBEN SILIE VALDEZ

¡Muy buenos días para todas y todos!!

Quiero manifestar mi gran satisfacción por haberme honrado con la apertura de este magno encuentro de la sociología latinoamericana y caribeña. Agradezco a mis colegas de ALAS/DOMINICANA por haberme dispensado tan alto honor.

Doy por seguro que todos asistimos a este gran cónclave con la aspiración de encontrar respuesta, o al menos, orientación de cómo superar los modelos explicativos con los cuales fuimos formados. Somos conscientes de que estamos viviendo una revolución científica en la búsqueda de nuevos paradigmas que nos ofrezcan un renovado armazón conceptual y metodológico para interpretar esta realidad cambiante que estamos viviendo.

Este deslumbrante proceso de revolución del conocimiento debe ser aprovechado para romper con viejos mitos, sentando las bases para la construcción de sociedades más incluyentes, más sostenibles y más pacíficas.

Para cumplir con esas demandas regionales tenemos el enorme desafío de romper barreras epistemológicas para, desde los espacios de convergencia temática construir visiones y narrativas sociales integrales. Ya no es posible comprender la realidad desde antiguos feudos epistemológicos.

En ese mismo orden, aceptamos que la mala distribución de la riqueza, la inequidad, la falta de oportunidades y la pobreza debilitan la democracia. En esta región hiper conectada, los jóvenes, debido a los graves problemas económicos y falta de oportunidades para el ascenso social, están construyendo desde el conocimiento, nuevos códigos y una nueva cultura política.

Estas son solo algunas de las inquietudes a las cuales se estarán refiriendo muchos de ustedes. En mi exposición, solo enfatizaré sobre la crisis de la democracia y su relación con la desigualdad social y la inseguridad.

Señoras y señores,

En el devenir de las últimas décadas nuestra región, sin duda alguna, se ha consolidado como una zona de paz, carente de conflictos armados interestatales, algo por lo que debemos sentirnos muy orgullosos. A la inexistencia de esos conflictos, y quizás precisamente por eso, entre otras razones, hemos tenido un largo período de consolidación democrática. Sin embargo, debemos estar alertas, pues sobre este continente se cierne una nociva sombra regresiva que no cesa de expandirse.

Cuando se publiquen las crónicas históricas que relaten esta época, el 2024 será recordado como un año trascendente para la democracia, pues más de la mitad de la población del planeta celebrará elecciones en este año. En todo su historial, es la primera vez que la democracia alcanza tan apreciable hito. Esto implica que aproximadamente dos mil millones de votantes en más de 70 países ejercieron o ejercerán el sufragio este año.

Así las cosas, en las últimas dos décadas parecía que el argumento del ‘Fin de la Historia’ se materializaría en América Latina, porque supuestamente habríamos llegado al punto final de la evolución ideológica de la humanidad donde se universalizaría la democracia liberal como la forma final de gobierno y de organización política.

Dicho argumento, fue construido a partir de ideas que enfocan la historia humana como una progresión lineal, que pasa de una época socioeconómica a otra. En esa línea de pensamiento, podríamos llegar a la conclusión lógica que luego de alcanzada la democracia por todo el continente, estaríamos entrando a una nueva era.

Sin embargo, no ha sido así y, al parecer se puede decir que la conclusión de Fukuyama sobre el fin de la historia es errada a escala regional y planetaria. Hoy podemos constatar una “regresión democrática” encarnada por gobiernos autoritarios que persiguen a los opositores desconociendo la voluntad popular expresada en las urnas. Algunos de estos se enquistan en el poder y, supuestamente en nombre del pueblo han mutilado muchos de los controles que corresponden a un Estado Social y Democrático de Derecho.

En ese mismo orden, debemos recordar el incesante auge del autoritarismo, que, en cierta medida, se explica por el creciente atractivo de los populismos que a través del

voto llegan al gobierno con el objetivo de erosionar las bases institucionales que sustentan la democracia. Se niegan a cumplir la función de contrabalancear el ejercicio del poder con la participación ciudadana. Esto constituye, como bien señala Przeworski, una subversión furtiva y silente de la democracia.

Lo más preocupante es que esa realidad parece no importar a todos. Según datos provistos por Latino barómetro en 2023 solo el 48% apoya la democracia en la región lo cual significa una disminución de 15 puntos porcentuales desde 2010 cuando 63% la apoyaba.

En República Dominicana esta situación nos ha tocado de cerca, como se observa en los resultados de la Encuesta de Cultura Democrática realizada recientemente. Se constata que existe una real insatisfacción con la democracia cuando se pregunta ¿“Qué hace falta para resolver los problemas de la democracia dominicana? 43.7% dice que falta el imperio de ley y el 34% la igualdad social. Como podemos ver queda evidenciado que, si bien el imperio de ley es necesario, eso lo ven acompañado de la igualdad social y no de un simple autoritarismo. La ley debe servir para lograr las garantías necesarias que aseguren mejores condiciones de vida. Las personas no están diciendo que quieren un jefe que los gobierne, sino una autoridad legítima que vele por el bienestar de la nación.

Lo anterior se confirma en la misma encuesta cuando 44% percibe que “el principal problema de la democracia dominicana es que las leyes no son imparciales ni se aplican a todos por igual”. Es claro que lo que preocupa y desalienta es que no se cumpla con los consensos establecidos, como debe verse en las leyes aprobadas por el Congreso Nacional. He ahí, de nuevo, el rechazo a la falta de equidad.

Esos datos muestran que no podemos generalizar que la indignación e inconformidad de la gente se debe entender como un deseo de volver a las dictaduras. También podríamos plantear la hipótesis contraria de que lo que se está pidiendo es más y mejor democracia, baste el ejemplo de que, en la tercera ola de democratización latinoamericana, veintiún jefes de Estado han sido condenados por corrupción y 20 no han podido terminar los mandatos para los que fueron elegidos. Es decir, la gente no tolera la corrupción que es vista como uno de los factores que han entronizado la desigualdad en la región.

En efecto, muchos factores perturban el funcionamiento de la democracia. Por ejemplo, una tendencia creciente a legitimar un uso abusivo del poder en nombre de obtener resultados sin importar el costo de vulnerar el sistema de frenos y contrapesos y los derechos humanos e incluso las obligaciones internacionales de los Estados. Todo ello se hace en nombre de una supuesta eficacia, desvirtuando completamente la sintaxis del término democracia al sacrificar el “demos” por el Kratos; es decir, el poder sin el pueblo.

Lo grave es que, cuando se sustituye al “demos” por la eficacia, el poder solo sirve a intereses individuales o grupales, aunque con buena propaganda y estrategias de comunicación en redes sociales se haga creer lo contrario.

Este es un asunto que toca directamente la estabilidad y el bienestar de las personas reforzando la inequidad. Está comprobado que entre otras razones este flagelo encuentra condiciones para su desarrollo cuando la corrupción gubernamental abre las puertas al narcotráfico y al tráfico de armas. En ese contexto, se debilita el peso de las autoridades policiales y judiciales, la delincuencia campea por sus fueros y se impone en amplios espacios, sobre todo en las zonas urbanas.

En esos casos, los sectores que más sufren la inequidad son los más desfavorecidos socialmente. Aunque los de arriba se protegen con muros, y enrejados, con guardias privados y aunque eso les afecta en sus ingresos, podemos decir que los resultados en uno y otros, se producen socialmente diferenciados.

Frente a la inseguridad se tiende a decir que para exterminarla se requiere únicamente de la “mano dura”, con lo cual no se pondera la importancia de ir a las raíces del problema como sería el fortalecimiento de las instituciones, el imperio de la ley y el respeto al estado de derecho.

La improvisación circunstancial de los discursos arbitrarios, lleva los ciudadanos a pensar en la acción inmediata de confrontar al delincuente en el acto. Así, mientras se aplica el “tratamiento de choque”, las personas solo piensan en salvarse ellos y los suyos, lo que, con técnicas de instrumentalización mediática, permite a los gobernantes de turno recibir amplias muestras de aceptación.

No obstante, la creación del bienestar no se logra en base a dictámenes autoritarios carentes de la legitimidad y la confianza necesarias para movilizar el crecimiento económico. Si bien la inseguridad física es causa de desesperación e intranquilidad, el control físico de la misma no basta para superar la pobreza y la desigualdad social.

Otra tendencia preocupante es el elevado grado de polarización ideológica. Hoy se está volviendo a generalizar el llamar "traidor" a un opositor, o calificar al adversario como enemigo y que los debates entre candidatos se desnaturalicen por la intolerancia, los insultos y las descalificaciones personales

Eso tiende a ocurrir con los liderazgos unipersonales que buscan convencer a la población de que el carácter transaccional de la política democrática, donde todos pueden participar, es una pérdida de tiempo para dinamizar la solución de los problemas a ser resueltos. Eso es inaceptable. Nos guste o no, existen normas, incluso no escritas que son vitales para el funcionamiento de la democracia y la convivencia pacífica, sin las cuales sencillamente la democracia no se puede sostener.

La polarización política de nuestros días es claramente apuntalada por cómo se consume y cómo se genera información de acceso masivo: las redes sociales, otrora idealizadas como un mecanismo de movilización colectiva y de transparencia, también son un pantano de noticias falsas y de propaganda política disfrazada de noticias.

Si la tecnología nos hubiese permitido inmortalizar a Alexis Tocqueville, reafirmaría en este siglo XXI, lo que comentó en la primera mitad del XIX: "una idea falsa pero clara y precisa, tendrá más poder en el mundo que una idea verdadera y compleja". Las redes sociales están llenas de simplismos falsos que supuestamente solucionan todos los problemas de la sociedad y es algo que saben muy bien los autócratas.

Los que abusan del poder en nombre del pueblo quieren convencernos de aceptar una visión minimalista o electoralista de la democracia en la que la mera asistencia a las urnas es usada para definir democracia. No obstante, un verdadero Estado Democrático y Social de Derecho es muchísimo más que el voto, es respetar los resultados, respetar las minorías, respetar los derechos humanos y sobre todo fortalecer las garantías que

sirven de dique de contención a las inmunidades del poder. Eso solo se logra con mejores instituciones y una justicia sólida e independiente.

Seamos auto críticos, la democracia se encuentra en peligro y nos corresponde a todos preservarla pues con ella, como nos recordara Raúl Alfonsín, no solo se come, se educa y se cura, sino que ella es la principal garantía de la libertad.

En ese orden, la mejor defensa de la democracia es orientar la política pública a enfrentar lo que se vislumbra para América Latina como dos de sus principales problemas: la desigualdad y la violencia.

Apreciados y apreciadas colegas, la desigualdad social es una rémora histórica

Sería una perogrullada decir, que todos los seres vivos son diversos entre sí, incluyendo naturalmente a los humanos. Lo que nos preocupa es la desigualdad que se genera socialmente por las diferencias de oportunidades que privilegian a unas personas con relación a otras. Sin embargo, por el hecho de que desde las más prístinas formas de la existencia de la humanidad han persistido las desigualdades, no podemos aceptar un enfoque fatalista que descarte la posibilidad de controlar socialmente ese fenómeno social.

El concepto de desigualdad social lo adoptamos del PNUD que lo define como:” las diferencias en dimensiones de la vida social que implican ventajas para unos y desventajas para otros, que se representan como condiciones estructurantes de la vida, y que se perciben como injustas en sus orígenes o moralmente ofensivas en sus consecuencias, o ambas.” (Desiguales. Orígenes y desafíos de la brecha social en Chile. 2017. Pag.18).

Si comparamos las condiciones de vida de todo el continente en los primeros años del siglo veinte, con los de este siglo, apreciaríamos una significativa elevación de las condiciones materiales de existencia. Los niveles de modernidad y de progreso en todos los sectores de la estructura social pueden considerarse superiores. Pero esto solo es admisible en términos comparativos, pues lo que no se ha podido superar es la profundidad de la grieta que existe entre los distintos estratos y clases sociales.

De un siglo al otro, si mantuviésemos las mismas condiciones, la desigualdad es ostensible pues si bien la sociedad en su conjunto ha podido alcanzar mayor cobertura de infraestructuras, de educación, de salud, de agua potable, de electricidad, así como acceso a una serie de bienes, las condiciones de vida de los estratos más bajos, revelan notorias desventajas, respecto de los de arriba.

Esos factores han influenciado en crear el sentimiento de injusticia entre los ciudadanos, partiendo de los que viven en condiciones de pobreza, quienes ven muy disminuidas sus capacidades de ingreso para satisfacer las necesidades básicas en las condiciones que ordinariamente ofrece el nivel de desarrollo de su país.

Para quienes viven en la pobreza, la segmentación de los servicios sociales es un hecho que sufren cotidianamente. Observan que la educación, la salud, la electricidad, el agua potable son cada vez más precarios. Ocurriendo lo mismo con el hacinamiento en los espacios urbanos y en sus entornos rurales. A esto se une un fenómeno que se reproduce de más en más en la región, como es el hecho del distanciamiento físico de los grupos élites.

Esa apreciación, que podría considerarse subjetiva, juega un papel existencial de primer orden respecto a la autoestima de las personas empobrecidas, dado que, por vivir en un sistema democrático, el Estado debe garantizarnos a todos recibir un trato digno con igualdad de derechos, sin distinción.

El estado actual de nuestras sociedades se reproduce en el contexto de la modernización y el imperio de la globalización, con lo cual se refuerza el fenómeno de la pérdida de cohesión social y territorial. Esto ha traído como consecuencia una disminución de la participación ciudadana en las actividades políticas, y esto viene acompañado con el incremento del interés individual por encima y en detrimento de la solidaridad social y colectiva.

Ese nuevo timbre individualista tiende a debilitar las instituciones encargadas de garantizar la socialización, con lo cual disminuyen los niveles de integración social. De ahí se deriva el surgimiento de instancias informales sustitutas que facilitan la operación de grupos anómalos. Estos grupos se constituyen en poderes barriales, como ocurre con

el narcotráfico, las pandillas, el tráfico de armas y otros ilícitos que generan la sensación de inseguridad en los barrios. Se ha llegado al extremo de que tales grupos logran mantenerse y en muchos casos impiden la acción policial para penetrar y controlar esos territorios. (CEPAL, 2020, pag.308).

Ese estado de inseguridad fuerza los ciudadanos a recluirse en espacios privados, a la vez que se produce una merma de los espacios públicos.

Señoras y señores, la desigualdad impera en la región

La desigualdad sigue siendo un problema endémico. Según los datos de la World Inequality Database, el 1% de la población más rica de América Latina acapara casi el 43% de la riqueza. En cambio, en Estados Unidos es el 35% y en Europa, el 29%.

Estamos viviendo con el letargo de la desigualdad, la marginalidad, la exclusión y la mirada pésima de la profunda aporofobia que en nuestros países no puede ser negada. La política de derrame como eje de articulación de la cohesión social, es evidente que no ha dado resultado. Urge, una clara y ostensible convicción de que se requiere un golpe de timón, para que, a través de políticas públicas, alcancemos mayores niveles de desarrollo humano, y generar una mejor distribución de la riqueza para que la equidad deje de ser un mero discurso y se haga perceptible como un escenario potencializado de verdadera igualdad.

Señoras y señores, la inseguridad Y el autoritarismo van de la mano

La inacción estatal y la merma de la función democratizadora del espacio público afecta los derechos civiles, y la pérdida de legitimidad de unas instituciones que la ciudadanía percibe como ineficaces o poco idóneas en el ejercicio de la justicia. Además, si hay grupos sociales que internalizan comportamientos que no se corresponden con las normas de convivencia, justicia y respeto a los demás, la sociedad está más expuesta a formas violentas de resolución de conflictos y obtención de recursos. (CEPAL, pag.310).

La inseguridad constituye un eje transversal negativo, desarticula todo el cuerpo social y en distintas dimensiones ahoga la esencia del capital humano. Esto implica: costo humano, costo material, costo financiero, costo de salud con las enfermedades de

ansiedad, angustia y stress que suelen generar, haciendo que los ciudadanos se sientan más inseguros.

En Europa, la tasa de homicidio es de apenas un 3%, frente a un 8% de la población mundial. En Asia, con el 60% de la población mundial, tiene una tasa de homicidios de 2.7%. América Latina, sin ser la más pobre, con solo un 8% de la población mundial, es líder en la tasa de homicidios, con 36 homicidios por cada 100,000 habitantes, (Statista Research Department). La inseguridad y con ella, la violencia es expresión de varios factores estructurales, institucionales y culturales. Verbi gracia: Los más altos índices de desempleo en la juventud, se encuentran en la región, así como los índices más altos en embarazos en adolescentes, tal como ocurre en República Dominicana.

La inseguridad aleja, más tarde o más temprano, las inversiones y ahuyenta a los turistas que ha sido la forja del crecimiento de buena parte de la economía.

En el 2023, el Foro Económico Global denominó la actual situación mundial como una poli crisis. Esto es, varias crisis simultáneas que impactan al mismo tiempo: económico-financiera; geopolítica y el cambio climático. Por su parte el Fondo Monetario Internacional, calificó al mismo 2023, como el de la más grande incertidumbre de los últimos 60 años. Como se ha dicho tantas veces, vivimos un cambio de época y en una época de cambios. Con la agravante de que esas transformaciones, al estar ocurriendo tan veloz e indeteniblemente, hacen que el futuro se viva en el presente.

Estamos frente a la Quinta Revolución Industrial y, la Cuarta empezó hace apenas 20 años. Para entendernos, tomemos este ilustrativo ejemplo: la luz eléctrica, como motor de modernización, vio su aparición a partir del 1879, esto es, hace ya 145 años. Despegó así, la Primera Revolución Industrial. Un siglo y medio después, viven 8,000 millones de personas en el mundo, y 675 millones, aun no disponen de energía eléctrica. Sin embargo, para el mes de enero del 2013, 1720 millones de personas, se encontraban en las redes sociales, para enero del 2023, ya eran 4,760 millones; en julio del 2024, se estiman 5,000 millones de personas, que, a través de la tecnología digital, en las distintas plataformas y redes sociales están incorporándose a esas nuevas formas de relacionamiento social.

La especie humana, con sus miedos, incertidumbres y esperanzas se enfrenta a enormes desafíos y oportunidades. En la historia reciente, ese ha sido el tránsito de la humanidad. Hoy día, la inteligencia artificial, la robótica, la nanotecnología y la biotecnología se muestran cada vez más implicadas en condicionar los sentimientos de los seres humanos.

Los retos son titánicos, empero, las oportunidades son inmensas. Creemos que la humanidad no solo asumirá los nuevos desafíos, sino que nuevamente triunfará. Y, lo hará cada vez más apoyada por las ciencias humanas, en la filosofía, en la ética y la sociología. Ello así, para evitar desdibujarnos o desconfigurarnos por el avance vertiginoso de la tecnología.

Señoras y señores, no podemos volver a la dictadura. la democracia solo se mejora con más democracia.

Decía con mucha propiedad Winston Churchill: “La democracia es la necesidad de doblegarse de vez en cuando a las opiniones de los demás”. Y tenía toda la razón, pues la democracia es diversidad, es tolerancia, es respetar la diferencia, es la construcción de la cultura dialógica. Es el diseño de la mayoría, respetando a la minoría, donde esta tiene un espacio, para mejorar, en la visión holística de los problemas, los alcances de las decisiones, que tienen como eje central el espacio público, lo colectivo y lo social.

Pero somos conscientes de que hoy asistimos a un golpeo sistemático de la democracia, desde diferentes ámbitos ideológicos y de proyectos societales. Los extremos se amplían, como impugnadores de la democracia: el populismo, sea de derecha o de izquierda, genera formas de exclusión y de marginación, migración forzosa, xenofobia, racismo, etc.

No cabe dudas, el autoritarismo, cimentado por un populismo atroz, campea por el mundo como espina de destrucción y exclusión.

La consolidación democrática, es y será siempre la gran aspiración de los que amamos la solidaridad y con los brazos hermanados, luchamos para que un mundo mejor sea posible, empujando todos en la misma dirección y entendiendo que nadie es más inteligente que todos juntos.

Este Congreso de ALAS, que es sinergia, y colaboración entre las ciencias sociales, de seguro nos mostrará que el avance de toda ciencia está determinado por la información, acerca de la realidad, ahondando en el espacio de la objetividad, para evitar lo más posible la ideologización y la sobredimensión de la subjetividad frente a los hechos y los fenómenos sociales.

La clave para nosotros, los científicos sociales, seguirá siendo la búsqueda de la verdad, que ha de ser la garantía para asegurar la trascendencia de la vida humana.

Muchas gracias,

Rubén Silié Valdez

3 de noviembre 2024